

E L C O L O C O L O

Cuento original de Manuel Rojas

Radioteatralizado por su autor

NARRADOR.-Negra y fría es la noche alrededor y encima del rancho de José Manuel Pincheira. Son más de las nueve y hace rato que el silencio domina los caminos y los campos. Dentro del rancho, iluminado por una vela que se consume en una palmatoria, la claridad es muy poco mayor que afuera. En el centro del rancho hay un brasero lleno de encendidas brasas; sobre ellas x humea una ollita llena de vino. Dos hombres emponchados, uno de los cuales deja caer en la olla, de vez en cuando, trozos de cáscaras de naranja y tal cual trocito de canela, están sentados junto al brasero.

JOSE MANUEL.-Esto se está poniendo como caldo.

ANTUCO.-Y tan oloroso, ~~que se ve~~. Déjeme probar un poquitito, José Manuel.

JOSE MANUEL.-No, Antuco; ~~acuérdese que tenemos que esperar al compadre Vicente; si nos ponemos a probarlo, cuando él llegue no habrá ni gota.~~ Centro de Estudios de Literatura Chilena

ANTUCO.-Pero tantísimo que se demora. Sucesión Manuel Rojas ©

JOSE MANUEL.-Tenía que llegar hasta el Algarrobilllo, y arreando, por el camino, de vuelta, los amigos lo habrán detenido para echar un traguito.

ANTUCO.-Claro, y mientras el caballero está tomando su traguito, nosotros, aquí x escupiéndolo cortito con el olor. Déjeme probarlo, José Manuel.

JOSE MANUEL.-Bueno, ya está; me la ganaste. Toma.

CONTROL.-(Se acerca un galope de caballo.)

JOSE MANUEL.-Alguien viene. (Se detiene el galope.)

VICENTE.-(Gritando desde afuera.) ¡Compadre José Manuel!

JOSE MANUEL.-(Gritando.) ¡Listo! (A Antuco.) ¿No te estaba diciendo, porfiado, que llegaría pronto?

ANTUCO.-Llegue o no llegue, saqué mi traguito. ¡Chitas que está recaliente!

CONTROL.-(Rechina una puerta que se abre.)

JOSE MANUEL.-Entre, compadre; lo estoy esperando con un traguito de vino caliente.

VICENTE.-¡Ah, eso es muy bueno para matar el bichito! Aunque ya vengo medio caramboleado. En la casa del Chico Aurelio casi me atoraron con vino.

CONTROL.-(Suena de nuevo la puerta y un hombre camina haciendo sonar las espuelas.)

NARRADOR.-El vaquero Vicente Montero avanza a largos y separados pasos. A la escasa luz de la vela vemos durante un segundo su figura alta y poderosa y su rostro oscuro, de líneas fuertes y cuadrada barba negra. Después se hunde en la sombra.

JOSE MANUEL.-Siéntese por aquí. Está haciendo frío.

ANTUCO.-Debe estar lloviendo en la costa.

VICENTE.-Bueno; vamos a ver el vinito.

JOSE MANUEL.-Sirve, Antuco.

NARRADOR.-Antuco llena un jarrito de lata y ~~le~~ lo ofrece a Vicente, quien lo toma con mucho cuidado, aspira el vaho que despide el vino, ~~hace un gesto de fruición con la nariz y empieza a beberse~~ a sorbitos, lanzando ~~vano~~ gruñidos de satisfacción.

VICENTE.-¡Ah! Esto está bueno, muy bueno. Apuesto que fué Antuco el que lo hizo. ~~Es buena ze para preparar misturas.~~

JOSE MANUEL.-No, lo hice yo, y si no fuera porque lo defendí tanto, Antuco lo habría acabado aprobándolo.

VICENTE.-*(Ríe.) ¡Vaya con el Antuco!*

JOSE MANUEL.-Bueno, cuenta; ¿cómo te fué por allá?

VICENTE.-Bien, pues; dejé los animales en el potrero y después me entretuve hablando con las amistades.

JOSE MANUEL.-¿Cómo está la gente?

VICENTE.-Regularcita. Taita Gil está muy enfermo. ¡Pobre viejo! Se va como un ovillo.

ANTUCO.-¿Y qué tiene?

VICENTE.-¿Quién sabe! Allá dicen que es el colocolo el que lo está matando; pero para mí que es pensión.

JOSE MANUEL.-Bien puede ser el colocolo.

VICENTE.-¿Qué va a ser el colocolo! Oye, Antuco, pásame otro traguito.

ANTUCO.-¿Tú no crees en el colocolo?

*Vicente*  
JOSE MANUEL.-No, señor; cómo voy a creer... Yo no creo más que en lo que se ve. Ver para creer, dijo Santo Tomás, que no era ~~hada~~ *ningún*



buena! ¿Me voy a quedar aquí toda la noche? Miré para los costados y ví, como a unos cien pasos, dos luces que se apagaban y se encendían, moviéndose para acá y para allá. Entonces me dije: estas son las famosas candelillas....

ANTUCO.-¿Y eran las candelillas?

VICENTE.-Eran las candelillas... Pásame otro trago, por preguntón. Y allí me quedé, mirando con tamaños ojos: las luces se encendían, se apagaban, se movían para acá, se movían para allá; y poco a poco se fueron acercando. Cuando estaban como a unos cincuenta pasos empecé a ver algo como un bulto negro que corría debajo de las luces. ¡Ah, aquí está la payasada!, me dije, y haciéndome el tono desamarré uno de los estribos de madera que llevaba, me afirmé bien la correa en la mano derecha, agarré con la otra mano el cuchillo, uno de cacha negra que cortaba un pelo en el aire, y esperé. Las luces se fueron acercando, encendiéndose y apagándose y mientras más se acercaban más se veía el bulto: parecía el de una persona metida dentro de una sotana. Lo dejé acercarse, acercarse, y de repente le aflojé las riendas al caballo, le clavé firme las espuelas y me fui sobre el bulto (galope de caballo Vicente sube el tono), haciendo girar el estribo en el aire y gritando como cuando a uno se le arranca un toro bravo del piño: ¡Ah allá va, allá va, allávavavalla! Cuando estuve cerca revolí con más fuerzas el estribo y lo largué sobre el bulto. (Se oye un gr: to de mujer y cesa el galope Vicente baja el tono.) Desmonté de un salto y me fui encima de la sombra, amenazándola con el cuchillo y gritando: ¿quién eres tú? ¡Hebla! (Pausa)

VOZ DE MUJER.- (quejosa) No me hagas nada, Vicente Montero.

VICENTE.-¿Ah? ¿Quién es usted?

VOZ DE MUJER.-Soy la Doralisa, Vicentito.

VICENTE.-¿La Doralisa? ¿Y qué anda haciendo por acá, por su vida?

VOZ DE MUJER.-Ganándome la vida, ~~Vicente~~ tú sabes que mi marido murió y que me he quedado con tres hijos; no sé trabajar ~~cuando~~ y en el pueblo nadie me quiere para nada. ¿Qué iba a hacer! No me iba a dejar morir de hambre. La comadre Chepa me enseñó esto: me unto las manos con un menjurje que echa luz y en las noches salgo a asustar a los tontos; algunos se desmayan y entonces le saco ~~un la~~ ~~peca~~ de la plata que llevan, aunque siempre llevan muy poca. Este es un pueblo de calambrientos. ¡No me denuncies, Vicente Montero!

VICENTE.-Total, después que se animó y se sacó la sotana en que andaba envuelta, la subí al anca y la fui a dejar a su rancho para que se curara el tremendo tajo que le había hecho en la cabeza con el estribo... Y desde entonces, hermanito, cuando me hablan de ánimas y de aparecidos, me digo: ¡Vengan candelillas, ánimas y fantasmas, teniendo yo mi estribera en una mano y mi chuhillo en la otra!... Sírveme otro trago, Antuco.

ANTUCO.-¡Pero, hombre, te lo has tomado casi todo tú solo!

VICENTE.-¿Pero no lo hicieron para mí? (Risas.)

JOSE MANUEL.-Ahí tienes tú, Vicente: yo no creo mucho en ánimas, pero en el colocolo, sí. Mi padre murió de eso.

VICENTE.-Sería alguna enfermedad. ¡Ah! (Bostezo) Me está dando sueño con tanto vino y tantos fantasmas.

JOSE MANUEL.-Y te voy a contar cómo fué, sin quitarle ni ponerle ~~nada~~.

VICENTE.-Cuenta, cuenta...

*Antes - Vamos a ver. Se me está poniendo la carne de gallina*

JOSE MANUEL.-Hasta los cuarenta y cinco años, mi padre fué un hombre robusto, bien plantado y macizote. Un día, por éstas y por las otras, nos tuvimos que cambiar a una casa que estaba al lado del presidio; era de adobe y muy vieja, pero nos convenía porque era grande y barata. Cuando nos estábamos cambiando, vino una vieja que vivía por ahí cerca y le dijo a mi padre:

VOZ DE VIEJA.-Mira, José María: no te vengas a esta casa. Desde que mataron aquí al Zambo Huerta, nadie ha vivido en ella sin tener alguna desgracia en la familia. La casa está fatalizada: tiene colocolo.

JOSE MARIA.-¡Ja, ja, ja! ¡El colocolo! No tenga cuidado, abuela: en cuanto ese bicho asome la nariz, ¡zasi, se la reviento de un pisotón.

VOZ DE VIEJA.-Bueno, José María: no te vayas a arrepentir después. Yo te lo advertí.

JOSE MARIA.-Váyase sin cuidado, abuela, y muchas gracias.

JOSE MANUEL.-Se fué la veterana... En el primer tiempo no sucedió nada, pero a poco andar mi padre empezó a toser y a ponerse amarillo; se enflaqueció y por las mañanas amanecía acalorado.

JOSE MARIA.-(Tos sostenida, voz angustiada.) ¡Qué diablos me está dando! He tosido toda la noche, me duele la espalda y siento vahídos a cada rato.

JOSE MANUEL.-Después le vino fiebre y un día tuvo un vómito de sangre; se quejaba de dolores y no pudo ir más a trabajar. Una noche, como a las doce, mi madre, que dormía al lado de él, lo sintió sentarse en la cama y gritar:

JOSE MARIA.-¡José Manuel, socórreme! El colocolo me está chupando la saliva. ¡Ay!

JOSE MANUEL.-Se le hundieron los ojos y las orejas se le pusieron como si fueran de cera. Tosía hasta quedar sin aliento y respiraba seguidito.

JOSE MARIA.-(Acezando) No me dejen solo, por favor: en cuanto ustedes se van y empiezo a quedarme dormido, viene el colocolo. Es como un ratón con plumas, con el hocico puntiagudo y una lengua muy fina y muy larga. Se me sienta en la cama y me chupa la saliva. ¡Ay! No lo he podido agarrar; en cuanto quiero despertar se deja caer al suelo y sólo lo veo cuando va arrancando. ¡No me dejen solo,

no me dejen solo, por diosito!

JOSE MANUEL.-En la casa estábamos con el alma en un hilo, andábamos ~~des-~~  
~~pacitos~~, como fantasmas, y no sabíamos qué diablos hacer. Por fin,  
a mi hermano Andrés, que siempre ha sido muy inteligente, se le  
ocurrió ir a buscar a la viejuca que ~~nos~~ había dicho que no vi-  
viéramos en esa casa. Vino la viejuca.

VOZ DE VIEJA.-¿No te dije, José María Pincheira, que no te vinieras a esta  
casa, que había colocolo?

JOSE MARIA.-Sí, abuela; tenía razón. Aconséjeme qué debo hacer ahora.

VOZ DE VIEJA.-Ahora lo único que hay que hacer es aguaitar al colocolo y  
matarlo, o si no, espantarlo. Hay que averiguar en qué cueva vi-  
ve. A veces se sabe porque se queja y llora como un niño chiqui-  
tito. Si no grita ni llora, hay que echar harta harina al suelo,  
pero de modo que no quede ningún rastro encima. Al otro día se  
busca el rastro del animal, y cuando se ha dado con la cueva se  
la llena de parafina mezclada con agua bendita. Con esto, si no  
se ahoga, no vuelve nunca más.

~~JOSE MANUEL.~~ <sup>Niño</sup> ¿Es un ratón el colocolo?

VOZ DE VIEJA.-No, mi guanita: tiene cola y no es ratón; tiene plumas y  
no es pájaro; ~~llora~~ como guagua y no es niño; tiene escamas y no  
es pescado.

JOSE MANUEL.-¿Y qué es, entonces?

VOZ DE VIEJA.-Es... el ~~colocolo~~, ~~que se~~ ~~hace~~ ~~de~~ ~~un~~ ~~huevo~~ ~~huero~~ ~~de~~ ~~una~~ ~~gallina~~.  
Cuando se deja botado un huevo así, sin hacerlo tiras, viene una  
culebra, se lo lleva y lo empolla; cuando nace le enseña a chu-  
par la saliva de los ~~personas~~ que duermen con la boca abierta.  
Por eso, guanita, hay que cerrar ~~la~~ bien ~~la~~ boca.

JOSE MANUEL.-Se fué la viejuca y nos quedamos más asustados que antes. Esa  
misma noche echamos harina al suelo, de adentro para afuera, de  
modo que no quedara huella alguna. Y mi hermano Andrés y yo nos  
quedamos al ladito de la puerta, armados de palos y piedras. (Pau-  
sa)

CONTROL.-(Llanto de guagua. Quejidos de hombre. En seguida, grito angus-  
tiado de José María. Carreras. Voces.)

JOSE MARIA.-¡El colocolo, el colocolo! ¡Allá va, Andrés, mávalo!

CONTROL.-(Golpe como de piedra sobre pared. Grito agudo de mujer. Pausa lar-  
ga.)

JOSE MANUEL.-Mi padre murió al amanecer. Después que lo enterramos hicimos  
una excavación en la cueva en que se había metido el colocolo y  
que estaba llena de sangre, pero no hallamos nada. Nos fuimos de  
la casa, pero, tiempo después, como siguiera deshabitada, mi her-  
mano y yo ~~le~~ prendimos fuego. Ardió como una yesca, y dicen que  
cuando estaba ardiendo ~~x~~ en medic de las llamas se sentía como el  
llanto de un niño.

*relucio y  
(aunque se  
debe decir)*

CONTROL.-(Pausa larga. Ronquido de durmiente.)

JOSE MANUEL.-Se durmió el compadre.

ANTUCO.-Debe estar cansado y borracho. ¡Eh!

VICENTE.-¡Ah, qué pasa! ¿Son ustedes?

JOSE MANUEL.-Sí, hombre, nosotros. ¿Por qué estás tan asustado?

VICENTE.-¡Por diosito, compadre! Estaba soñando que un colocolo más grande que un ternero me estaba chupando la saliva como quien toma cerveza cuando tiene sed. (Bostezo) ¡Ah! Ya debe ser muy tarde. ¿Dónde está mi reloj?

JOSE MANUEL.-¿Tienes reloj, Vicente? Andas muy elegante.

VICENTE.-Claro, tengo un reloj <sup>recontrabueno</sup>; se lo compré al mayordomo del fundo. Era del abuelo. ~~de ahí~~. Aquí está.

ANTUCO.-¡Pero ese no es un reloj, Vicente! ¡Es una piedra de moler!

VICENTE.-Sí, ríanse no más. Envidia, pura envidia. Es un reloj Waltham de lo más fino y no lo cambio ni por un caballo con aperos de plata. Bueno: ya son las once y media; me voy. Buenas noches, pues, niños, y muchas gracias por el vinito.

JOSE MANUEL Y ANTUCO.-~~Buenas noches.~~

CONTROL.-(Ruido de espuelas al caminar; se abre la puerta y empieza el trote de un caballo que se detiene cuando se indique.)

NARRADOR.-~~Vicente Montero, lleno de vino y de sueño, se quedó dormido sobre su animal, que trotó primero por el camino pero que después tomó el primer potrero que encontró.~~

JOSE MANUEL.-Durmiendo, empezó a soñar.

ANTUCO.-Y soñó con el colocolo.

VOZ DE VIEJA.-Mírenlo: ahí va, corriendo delante del caballo del vaquero. Tiene los ojitos colorados y vuelve la cabeza para mirar a Vicente Montero. ¡Cuidado! Ahora ha saltado y está entre las orejas del animal. ¡Mírenlo! Es como un ratón con arestín, tiene plumas en lugar de pelos, su cabeza está pelada y llena de granos. ¡Está mirando a Vicente Montero! ¡Cuidado!

JOSE MARIA.-(Angustiado) ¡Despierta, Vicente: el colocolo te va a chupar la saliva!

CONTROL.-(Se detiene el trote y se oye el ruido de un cuerpo que cae. Pausa.)

VICENTE.-(Con sorpresa, pero soñoliento) ¡Qué diablos me habrá pasado! Estoy en el suelo... Esta sí que es grande. ¿Y el caballo? Yo venía soñando y había un colocolo y una vieja... Los dos eran re-feos. (En voz baja) Oiga: ¿qué es eso que brilla allí, en el sue-

¡Señal!  
lo? ¡Andate! No se mueve. ¿Será el colocolo? Y me sigue mirando. Esperate no más que encuentre una piedra... Colocolos conmigo... Aquí está la piedra... Con tal que no le vaya a errar... No te muevas, colocolito lindo; déjame hacerte la puntería. ¡Ahora!

CONTROL.-(Golpe como en el suelo)

VICENTE.-¡Le pegué, le pegué! ¡Aquí está, aquí está! (Con enorme sorpresa) ¡Ah? ¡Por la misma remadrecita! ¡Hice tiras mi reloj Walt-ham!

FIN

Narrador. - Como un intermedio a esta serie "Hombres de Chile, vividos esta noche uno a los otros" de Manuel Rojas, radioteatralizado por un autor. La leyenda y el folklore de Chile están representados magistralmente en este cuento, que he sido traducido a varios idiomas.



~~Manos y dedos de  
atacaama~~

CELICH UC  
Centro de Estudios de Literatura Chilena  
Sucesión Manuel Rojas ©

61  
57  
—  
41  
20  
—  
10  
35  
43  
41

57  
57  
49  
90